

El misterio de Abel Brockenhaus.

Escena 1.

El espacio se ilumina lentamente. Vemos una habitación de paredes blancas y viejas vigas de madera. Hay una puerta al fondo, del lado derecho. Los muebles son escasos: un viejo escritorio y una silla. En el piso hay una palangana metálica. Sobre el escritorio hay libros, papeles y algunos frascos. La luz continúa subiendo de intensidad y descubrimos el cuerpo de un hombre tirado en el piso. Lleva un traje negro. Es Abel Brockenhaus. Está estático, desmayado. Cerca de su mano derecha hay un frasco vacío. Abel comienza a despertarse. Su cuerpo se convulsiona. Se levanta y se lleva las manos a la cabeza. Camina tambaleándose y está a punto de vomitar. Se detiene. Se toca la nuca con las manos.

Abel- ¿Estás aquí?... Esta sangre infecta que recorre mi cerebro... ¿eres tú? Este olor... este nauseabundo olor... ¿es tuyo o es mío? ¿Soy yo mismo el que supura podredumbre o es tu presencia inmunda que por fin se manifiesta? ¿Tenía razón o siempre estuve equivocado?... Mi Columna se retuerce, mis costillas se clavan en mi carne como navajas... ¿eres tú?... ¡Contesta, maldito engendro!

En su mismo cuerpo, aparece Caín.

Caín- La noche... el frío...

Abel- ¿Hablaste?

Caín- Mis uñas rotas...

Abel- ¡Lo sabía!

Caín- ¿En dónde estoy?

Abel- Esta es mi casa... aquí vivimos.

Caín- ¿Quién eres tú?

Abel- Abel... Abel Brockenhaus.

Caín- Mis venas...

Abel- ¿Qué tratas de decirme?

Caín- Me duele el cuello.

Abel- Son efectos secundarios; vómitos, visión borrosa, alteración del equilibrio...

Caín- ¿Somos dos?

Abel- ¿Te sorprende?

Caín- Nunca te había visto.

Abel- No, ni yo a ti, pero desde hace muchos años comencé a sospechar de tu existencia. Hoy que te conozco, confirmo la validez de mis teorías: bastaron tres gotas de terbio disueltas en ácido de cobre para comprobar la vieja hipótesis de que el hombre no es uno, sino dos.

Caín- ¡Es horrible! Estas manos son tuyas y son mías...

Abel- En efecto, es horrible, pero al mismo tiempo es el máximo logro de mi vida: por fin te encontré, a ti, mi enemigo interior, mi verdugo constante, el ser más despreciable que pudiera existir. Ven, déjame mirarte.

Abel toma un espejo. Se mira.

Abel- Aquí estás, puedo ver la maldad en tu mirada, eres otro, otro dentro de mí. Toda mi vida he sufrido por tu culpa. Desde que era un adolescente padecí de tus oscuros instintos. Sospechaba de tu existencia, pero no podía comprobarla. Vivíamos mezclados, como cualquier ser humano, fundidos en una amalgama siniestra, condenados a vivir en una eterna contradicción. No podía verte, ni tocarte, ni escuchar tu voz. Sin embargo, sentía tu presencia y era víctima de tu maligno influjo. Me torturabas día y noche con imágenes horribles que aparecían en mi mente sin que yo pudiera impedirlo. Vivía angustiado. Una noche todo cambió: descubrí la fórmula química que me permitiría conocerte. Desde entonces me propuse llevar a cabo la separación definitiva de las dos entidades

básicas del ser humano: el bien y el mal, el hombre y la bestia.

Caín- Abel, tengo miedo.

Abel- Por supuesto, la maldad es temerosa y cobarde. Medra en nuestro cuerpo protegida por la oscuridad, la confusión y la mentira, pero en cuanto es descubierta su poder se debilita y lo que antes era un gigantesco monstruo se convierte en un gusano. Viviste oculto para mí durante muchos años, hoy, la luz de la ciencia te descubre y puedo verte en tu exacta proporción: un ser pequeño, putrefacto y miserable.

Caín- Abel, tengo sed, dame un poco de vino.

Abel guarda el espejo. Toma un vaso con agua.

Abel- Toma agua, infeliz, y olvida tus antiguos apetitos.

Caín toma agua, derramándola. Deja el vaso sobre el escritorio.

Caín- Por primera vez puedo ver con estos ojos... la noche, los árboles, la luna... Mis recuerdos son pocos: un pedazo de madera, una barda húmeda, un viento fresco... mi mundo estaba mezclado con el tuyo y tú me liberaste, Abel... ¿por qué?...

Abel- Era fundamental comprobar tu existencia, era indispensable comprobar que somos dos seres orgánicos independientes.

Caín- Abel, pasó corriendo una rata.

Abel- Te equivocas, aquí no hay ratas. Todo está limpio y en orden.

Caín- Estoy seguro de haberla visto...

Abel se toma el pulso.

Abel- Nuestra sangre fluye normalmente... desapareció el dolor...

Abel toma un pequeño aparato portátil, un primitivo invento para tomar electroencefalogramas.

Abel- Ven, siéntate aquí.

Caín- ¿Qué es esto?

Abel- No preguntes.

Abel se coloca un sensor en la cabeza.

Abel- Levanta la pierna izquierda. Ahora bájala. Cierra la mano izquierda. Ahora ábrela.

Repite el movimiento varias veces. Levántate de la silla. Camina hacia el frente. Detente.

Ahora habla.

Caín- ¿Qué quieres que te diga?

Abel- Háblame de tus recuerdos...

Caín- Sangre... vísceras... estiércol... un hombre camina por una calle oscura... una niña juega desnuda en la bañera...

Abel- ¡Te tengo! Sí, tenía razón... ahora puedo comprobar el lugar exacto de tu ubicación.

Caín- ¿De qué hablas?

Abel- Habitas justo en el centro del hemisferio derecho de nuestro cerebro, en esa región oscura donde se gestan los más bajos instintos, las perversiones, los deseos más abyectos. Desde ahí corrompes mi existencia... tú, el principio orgánico de la maldad.

Caín se quita el sensor. Deja el aparato en el piso.

Caín- Abel, escucha el aullido de los lobos... es luna llena, me están llamando, me están invitando a su festín... Iré con ellos, aullaremos en medio de la noche...

Abel- No irás a ningún lado.

Caín- Quiero salir.

Abel- No podrás, he puesto candados en puertas y ventanas.

Caín- Dame las llaves.

Abel- ¡Imbécil, soy yo quien da las órdenes! ¿Te queda claro? Entiéndelo muy bien: nunca saldrás de esta casa.

Caín- ¿Qué pretendes, Abel?

Abel- Ya me hiciste mucho daño. Arruinaste mi vida y destruiste cada una de mis ilusiones.

Ahora serás mi esclavo y vivirás encerrado en esta casa. Recapacita mientras puedas en

todo el mal que has provocado y prepárate a morir de una manera dolorosa. Sí, Caín, muy pronto llegará la hora de tu muerte. Muy pronto, el triunfo del bien sobre el mal será definitivo.

Oscuro lento.

Escena 2.

Penumbra. Caín camina por el estudio de Abel. Gruñe. Enciende una vela. Revisa algunos libros. Busca en los cajones del escritorio y encuentra unos manuscritos. Los lee. Continúa buscando y descubre un punzón. El punzón es largo y delgado, como una aguja. Lo mira. Apaga la vela.

Oscuro.

Escena 3.

Se ilumina el escenario. Abel está sentado en el piso, recargado en una de las paredes. Duerme. Lentamente, se despierta. Se levanta. Va a su escritorio. Revisa los manuscritos. Los lee. Hace algunas anotaciones y cálculos en otras hojas. Observa los cálculos que hizo. Guarda los manuscritos. Saca de uno de los cajones, la fotografía de una mujer. Mira la fotografía. La coloca sobre el escritorio. Toma un pañuelo y una pequeña caja de madera y los lleva al centro del cuarto. Toma la palangana y la coloca en el mismo lugar que los objetos anteriores. Se quita el saco, el chaleco, la corbata y la camisa. Los va dejando sobre la silla. Va hacia la palangana. Se hinca frente a ella. Moja el pañuelo y lo coloca sobre su rostro. Respira profundamente. Se quita el pañuelo y lo deja dentro del agua de la palangana.

Abel- Limpio mi cuerpo, mi mente, mi espíritu. Mi camino es el camino de la luz, el único, el verdadero. Bienaventuranza de los elegidos, bienaventuranza de los valerosos. El paraíso está cerca, abre sus puertas y me llama; me regala claridad y transparencia, pureza y virtud. Un sólo paso es necesario, entonces podré regocijarme en la belleza de un mundo aún desconocido por el hombre y sólo imaginado por algunos de los profetas. El paraíso

es real, es un paraíso de orden matemático y espiritual. Un paraíso que está al alcance de mi mano. Un sólo paso es necesario, entonces, viviré la dicha de ser una entidad perfecta, acorde a los límites de la pureza humana. Soy Abel Brockenhaus, el último de los alquimistas, y mi decisión está tomada.

Abel toma el pañuelo y continúa limpiando su cuerpo. Lo limpia con dos o tres acciones rápidas y termina.

Abel- No me arredran ni la sangre ni el dolor cuando el futuro es promisorio, cuando la esperanza de una vida plena se vislumbra, cuando la aniquilación del mal se avizora como definitiva. No tengo miedo a la mutilación, mi sobrevivencia está garantizada. Un sólo paso y alcanzaré el gozo duradero, un sólo paso y alcanzaré el paraíso real, el paraíso aquí mismo, aquí en la tierra. Soy Abel Brockenhaus, la verdad me alienta y el bien bendice mis acciones.

Abel saca de la cajita una pequeña tela blanca. La extiende en el piso. Toma del interior de la cajita un punzón metálico y lo limpia con un algodón.

Caín- Abel, ¿qué estás haciendo?

Abel- ¿Estabas aquí?

Caín- Sí, Abel, todo el tiempo.

Abel- Tu muerte llegará pronto.

Caín- ¿Qué dices?

Abel- Sí, Caín, por fin voy a acabar contigo.

Abel deja el punzón en la tela extendida. Toma otro de diferente tamaño y forma y comienza a limpiarlo.

Caín- ¿Qué son esas cosas?

Abel- Finos punzones, material quirúrgico.

Caín- ¿Para qué?

Abel- Voy a hacerme una sencilla operación. Voy a abrir un pequeño orificio en mi cráneo, por ahí podré llegar hasta el lugar en donde habitas y matarte de un solo pinchazo, de un solo y certero pinchazo. Morirás rápidamente y la maldad orgánica de mi cuerpo, habrá terminado para siempre.

Abel deja el punzón sobre la tela. Toma otro diferente y lo limpia.

Caín- Abel, ¿piensas abrirte la cabeza?

Abel- La herida será muy pequeña y la hemorragia mínima. Todo está perfectamente calculado y no hay posibilidad de error. Como médico, he practicado cientos de operaciones cerebrales mucho más complejas que ésta.

Abel deja el punzón sobre la tela. Toma otro más y lo limpia.

Caín- Abel, ¿y si tú también murieras? ¿Qué pasaría si algo falla y te aniquilas a ti mismo?

Abel- Eso no va a suceder; he planeado esta sencilla operación desde hace muchos años. Te tengo perfectamente ubicado, el pinchazo acabará contigo sin provocarme daño alguno.

Caín- Abel... déjame vivir... por favor...

Abel- No, Caín, tu muerte es inminente. Prepárate a recibir el castigo que mereces.

Abel mete la mano en la cajita de madera y se queda extrañado. Revisa el interior. Mira los punzones. Mira a su alrededor.

Abel- Falta uno...

Caín- ¿De qué hablas, Abel?

Abel- Falta uno de los punzones, el de cristal... Tendría que estar aquí, con los demás...

Abel se levanta y va al escritorio. Lo busca en los cajones.

Abel- ¿Dónde pude dejarlo?

Caín- Abel, ¿por qué es tan importante ese punzón?

Abel- Es el más fino... sólo con él puedo llegar hasta el lugar en donde habitas sin dañarme, sólo con él puedo matarte... ¿En dónde está?... ¿ En dónde mierda lo dejé?..

Caín- Abel, ¿no es ése que está ahí?

Abel- ¿Cuál?

Caín- Ése que está tirado en el piso, ahí, en ese rincón.

Abel se acerca al rincón. Descubre que el punzón está despedazado.

Abel- ¡Está roto!

Caín- ¿Era ése el que buscabas?

Abel- ¡Infeliz! ¿Tú lo rompiste?

Caín- Sí, Abel, descubrí la forma en que ibas a matarme y rompí el punzón.

Abel- ¿Cuándo? ¿Cuándo lo rompiste?

Caín- Ayer, por la noche...

Abel- ¿Cómo? ¿Estabas despierto mientras yo dormía?

Caín- Sí Abel, ¿por qué?

Abel- ¡No es posible!... Eres más fuerte de lo que pensaba...

Caín- Abel, me parece que este punzón ya no te va a servir de nada.

Abel- ¡Maldito! Ya encontraré la manera de matarte y la próxima vez no tendrás la misma suerte. Construiré un nuevo punzón, igual que éste y te mataré de un solo pinchazo.

Abel recoge los punzones y los guarda en uno de los cajones del escritorio. Comienza a vestirse. Caín mira la fotografía de la mujer.

Caín- Abel... ¿quién es ella?

Abel- ¿Qué?

Caín- Ella... la mujer de la fotografía... ¿quién es?

Abel- ¡Qué te importa!

Caín- ¡Es hermosa! Tiene una piel suave, apetecible...

Abel- ¡Cerdo!; No hables así de Claudia!

Caín- ¡Claudia! Se llama Claudia...

Abel- ¡Cállate, miserable! No quiero que vuelvas a pronunciar su nombre, ¿entendiste?...

Claudia es sólo mía y tu inmunda boca no debe volver a mencionarla... ¿Te queda claro?

Caín- Está bien, Abel.

Abel termina de vestirse.

Abel- Ya encontraré la manera de acabar contigo. Sí, la próxima vez no tendrás escapatoria...

Pronto, muy pronto morirás, maldito engendro...

Oscuro lento.

Escena 4.

Caín enciende una lámpara de mano. Sigilosamente, revisa los papeles y libros que están sobre el escritorio. Encuentra el diario de Abel. Lee algunas de sus páginas. Gruñe. Arranca una de las hojas. Mira la fotografía de Claudia. Apaga la linterna.

Oscuro.

Escena 5.

Abel lee sus manuscritos. Hace algunas anotaciones. Saca un estetoscopio y revisa su corazón.

Vuelve a hacer anotaciones. Observa sus manos. Las revisa.

Abel- Mira, Caín, padezco una extraña enfermedad. Mira, me han salido pequeñas llagas en las manos... me duele el corazón y mi presión arterial es lenta... Mira, la sangre se coagula dentro de mis venas. Nunca había visto nada igual...

Caín- Abel, quiero hacerte una pregunta... ¿cuántos años tiene Claudia?

Abel- ¡Te dije que no volvieras a mencionada!

Caín- ¿Por qué no quieres que hablemos de ella?

Abel- ¡Claudia es mía, ya te lo dije! Tu mente perversa no debe conocerla.

Caín- Abel, ya me enteré de todo.

Abel- ¿Cómo dices?

Caín- Leí tu diario.

Abel- ¡Dámelo, infeliz...!

Caín- La amas, ¿verdad?

Abel- ¡Qué te importa!

Caín- Sé que la amas, sólo un hombre enamorado podría escribir tales desatinos. Mira, guardé esta hoja. Escucha con atención lo que escribiste:

Caín saca una hoja arrugada, la desdobla y lee.

Caín- “Claudia, miro tus pies que juegan con la hierba, tus pies pequeños, blancos, inocentes.

Es un día luminoso y el silencio cubre el horizonte. Me miras y esbozas una tímida sonrisa. La belleza de tu rostro me conmueve; un rostro cándido, de niña. Miro tus ojos y descubro la pureza de tu alma, esa luz inextinguible y fascinante que brilla en tu interior... Claudia, eres virtud inmaculada, perfección suprema, bondad inquebrantable.

Soy dichoso tan sólo de admirarte... sin ti, yo no soy nada...”

Abel- ¡Infeliz, dame esa hoja!

Caín- ¡Quieto, Abel! Déjame terminar...

Caín continúa leyendo.

Caín- “Tus pequeñas manos se posan en mi frente, ¿es una tímida caricia o es una bendición?

Cierras mis ojos suavemente con las yemas de tus dedos y con voz baja me dices que me amas. ¡Cuánta dulzura hay en tu voz! ¡Cuánta piedad para mi pobre espíritu! ¿Cómo agradecerte, Claudia, el delicado amor que has depositado en mí? ¿Cómo podré corresponderle a tu noble corazón, cuando las sombras me persiguen, cuando la maldad me acecha, cuando mi propio espíritu sucumbe ante la perdición y el vicio? ¿Cómo podría merecer la belleza de tu alma? Quisiera alcanzar mi propia purificación y poderla compartir contigo... ¿será posible, algún día, convertir mi sueño en realidad...” ¡Qué asco, Abel! ¿Con estos poemas piensas seducida?

Caín tira la hoja al piso.

Abel- ¡Infeliz, no son poemas y tampoco quiero seducida!

Abel recoge la hoja y la guarda.

Caín- Pero la amas, ¿no es cierto?

Abel- Nuestro amor es algo que tú jamás entenderías.

Caín- ¿Cuándo la viste por última vez?

Abel- ¿A dónde quieres llegar?

Caín- ¡Cálmate, Abel...! Sólo quiero platicar contigo.

Abel- ¡Déjame en paz!

Abel toma un pequeño frasco y se unta una pomada en las manos.

Caín- Sé que la conociste cuando era todavía una niña, la viste crecer y te fuiste interesando en ella. Es curioso; un médico eminente, famoso por sus descubrimientos científicos, de pronto, se enamora de una adolescente, protegida suya, que vive en un triste orfanatorio... suena raro... Abel, ¿cuáles son tus verdaderas intenciones?

Abel- ¡Cerdo! ¿Qué tratas de insinuarme? Mi relación con Claudia ni siquiera la podrías imaginar. Nuestro amor es únicamente espiritual y nada tiene que ver con los placeres carnales. Hemos vivido en completa castidad y permaneceremos así, hasta el fin de nuestros días.

Caín- Pero, entonces, Abel... ¿qué buscas en Claudia?

Abel- Su compañía... compartir la pureza de su alma... formar con ella un pequeño mundo en donde la perfección espiritual produzca un nuevo orden, algo jamás imaginado por el hombre... una nueva armonía en el estado de las cosas... una concordancia matemática entre la configuración del espíritu y el movimiento del universo... la pureza absoluta... la dicha eterna... el orden perfecto...

Caín- ¿Cuándo volverás a verla?

Abel- Muy pronto, cuando haya alcanzado mi propia purificación y pueda merecerla.

Abel vuelve a untarse pomada en las manos.

Caín- Abel, ¿puedo hacerte una última pregunta?

Abel- ¿Cuál?

Caín- Ese mundo ideal, ese reino de pureza y perfección, está reservado sólo para ti y para
Claudia, ¿no es cierto?

Abel- Así es.

Caín- Es decir que en ese mundo yo no estoy incluido...

Abel- Por supuesto que no.

Caín- Por eso quisiste matarme, para vivir con Claudia en completa purificación...

Abel- ¡Vaya, me sorprende tu aguda inteligencia!

Caín- Ya lo sabía... sólo quería escuchado de tus propios labios.

Abel- ¿Y para qué?... Si puedo saberlo.

Caín- Para tener la certeza de que tu amor por Claudia es la causa de todo esto.

Abel- ¿Qué pretendes, Caín?

Caín- Nada, Abel,... nada.

Abel- Está bien, no me lo digas. Me tiene sin cuidado saber lo que estás pensando. De
cualquier manera, la hora de tu muerte llegará pronto.

Caín- ¿Sigues con eso, Abel? ¿Sigues pensando en matarme?

Abel- Es en lo único que pienso.

Caín- Estás loco, Abel, estás más loco que una cabra.

Abel- ¡Púdrete, infeliz! Ya te haré tragar todas tus ofensas. Pronto mi suerte cambiará y la
victoria será mía. Voy a matarte, Caín, cuando menos te lo esperes.

Oscuro.

Escena 6.

El estudio está en penumbras. Caín está solo. Bebe vino de una botella. Llega al escritorio y acciona un antiguo aparato de música, pequeño y maltratado. Acciona los rodillos y se escucha una música desafinada. Caín se sienta a escuchar la música. Eructa. Sigue bebiendo vino. De pronto se queda mirando la pared. Enciende la linterna. Se acerca a la pared. Mira con atención. En la pared hay una ranura. Saca una navaja y empieza a quitar el yeso de la pared, siguiendo la línea de la ranura. Escarba hasta extraer una piedra de la pared. Ilumina el hueco y descubre una llave de la casa. La saca del hueco y la mira detenidamente. Se sienta en la silla. Escucha la música. Gruñe. Bebe vino. Apaga la linterna.

Oscuro

Escena 7.

Se ilumina el escenario. Abel está sentado en la silla, en el centro de la habitación. Está alterado, sufre intensos dolores y su cuerpo se retuerce.

Abel- Caín, te escondes en extraños lugares, te he escuchado gruñir en la oscuridad... ¿Por qué no hablas conmigo?... ¿Qué es lo que pretendes?... Mira, Caín, las llagas han empezado a reventar. Mi cuerpo se convulsiona y en cada convulsión exhala humores nauseabundos... ¿qué es lo que me está pasando?... ¿Cuál será el origen de ésta horrible enfermedad?... Caín, tuve un sueño espantoso... Claudia se estaba convirtiendo en un monstruo...

Caín- Hoy, mientras dormías, salí a caminar por la ciudad...

Abel- ¿De qué hablas?

Caín- ¿Reconoces esta llave?

Abel- ¿Saliste de la casa?

Caín- Atravesé el bosque hasta llegar a la ciudad. Me interné por sus estrechos callejones. La noche era clara y un olor sensual empezó a inundarme. Lo seguí hasta llegar a una vieja casona con rejas de color verde. Brinqué la barda y caminé por los pasillos con cautela.

Descubrí la habitación de donde provenía el aroma. Entré y ahí estaba una pequeña adolescente. Me miró con miedo, yo la tomé del cuello con rapidez. Toqué su cuerpo firme y la rocié de vino. Ella, entre lamentos, fue aceptando mis caricias. Le robé su virginidad y ella comenzó a morderme, mientras aullaba de placer...

Caín representa la escena que contó, copulando con la silla, hincado. Termina la representación del acto sexual. Abel se levanta.

Abel- ¡Miserable...! Estuviste con Claudia...

Caín- Fue imposible resistirme...

Abel- No puede ser, ella es incapaz de hacer lo que me dices...

Caín- Tu sueño, Abel, no fue un sueño. Estuviste ahí y presenciaste todo.

Abel- Un lobo lamía todo su cuerpo, Claudia se desnudó y juntos rodaron por el piso...Caín, has destruido lo que más amaba...

Caín- Vamos, Abel, no es tan grave, la poseí con este cuerpo, que también es tuyo.

Abel- ¡Cerdo! Claudia estaba destinada para vivir conmigo en completa castidad, lejos de la putrefacción que tú representas. .

Caín- Lo siento, Abel, la carne siempre está presente.

Abel- ¿Cómo pudiste hacerlo, Caín? Claudia es una niña...

Caín- Si la vieras desnuda, cambiarías de opinión. Es cierto que es muy joven, pero ya no es una niña. Sus senos, Abel, son deliciosos...

Abel- La violaste, ¿no es cierto? Confiésalo, ella nunca te aceptó y tú la violaste...

Caín- No Abel, no fue una violación. Claudia se entregó por su propia voluntad. Es cierto que al principio se resistió un poco, pero después comenzó a gustarle; copulamos, una y otra vez, hasta el amanecer. Resultó ser insaciable. Es curioso, ¿no es cierto? Tan joven y tan libidinosa...

Abel- Tú la corrompiste; Claudia era una mujer virtuosa y pura.

Caín- Abel, me temo que siempre estuviste equivocado. ¿Sabes lo que opina ella de la castidad? Cuando le mencioné la palabra, su risa se convirtió en una sonora carcajada.

Abel- ¡Hijos de puta! Por mí se pueden morir los dos y pudrirse juntos en el mismo infierno...

Caín- Te devuelvo tus maldiciones, Abel, púdrete tú solo, en el infierno de tu mente.

Abel- ¡Maldito! ¿Por qué lo hiciste? ¿Cómo pudo tu maldad llegar a tanto?

Caín- ¿Mi maldad? ¡Basta de hipocresías, Abel! ¿Por qué no mejor hablamos de tu maldad?

Abel- ¿A qué te refieres, infeliz?

Caín- Intentaste matarme, estuviste a punto de cometer un crimen. ¿No te parece que hay suficiente maldad en tu cerebro?... Y lo que es peor, es una maldad hipócrita, una maldad disfrazada de bondad... A mí no puedes engañarme, Abel, tú eres el perverso, tú eres el verdadero mal, tú eres el verdadero hijo de puta.

Abel- ¿Cómo te atreves a hablarme así? Ojalá te mueras, Caín, ojalá tú y aquella puta se pudran en el pozo de su propia mierda.

Caín- Abel, deja de insultarme y atiéndeme por un momento: no quiero que me vuelvas a decir Caín, ése no es mi nombre, ¿te queda claro?

Abel- ¡Púdrete, infeliz!

Abel se convulsiona. Vomita sangre.

Abel- ¡Sangre! Algún órgano reventó dentro de nuestro cuerpo. Mira Caín, la sangre viene del estómago... ¿Qué es lo que me está ocurriendo?...

Caín- Mira Abel, allá afuera existe algo más importante que nosotros. Observa, los árboles han comenzado a florecer... llegó la primavera. Es curioso, mientras tú y yo estamos separados, allá afuera todo parece diferente; los árboles, las montañas y los animales parecen ser una misma cosa. Sí, allá afuera todo es una misma cosa... allá afuera, todo es uno.

Abel- ¡Maldito, has llegado demasiado lejos!... ¡Recibirás tu castigo!

Abel va al escritorio y saca una pistola del cajón.

Abel- ¡Voy a matarte, infeliz! ¡Voy a matarte en este mismo instante!

Caín- Abel, deja de jugar con esa pistola.

Abel- No es un juego, aquí hay una bala reservada para ti, por fin voy a liberarme de tu asquerosa influencia.

Caín- Abel, ¿vas a dispararle a tu propio cuerpo?

Abel- Sí, Caín, pero sólo tú morirás.

Caín- Abel, no seas imbécil, somos parte de una misma cosa. Si muero, tú también mueres conmigo.

Abel- Te equivocas, la división que produce es total, estás perfectamente aislado dentro de mi cerebro; puedo deshacerme de ti, sin alterar mi organismo.

Caín- ¡Abel, no!

Abel- ¡Muere, maldito engendro!

Abel intenta apuntarse en la cabeza. Caín lo detiene. Pelean. Caín lo desarma.

Caín- ¡Necio, mírame a los ojos! ¡Descubre de una vez lo que tanto anhelas! ¡Contempla tu principio y tu final!

Caín toma el espejo y lo coloca frente a sus ojos. Se miran. Abel queda sorprendido.

Abel- ¿Claudia? ¿Qué haces frente a ese abismo? ¿Por qué sonríes? Aúllas, Claudia, aúllas como una loba.

Caín- Claudia es parte del abismo.

Caín deja el espejo.

Abel- Caín, deja de mirarme, tus pupilas me produce visiones espantosas... La pistola... ¿en dónde está?...

Caín lo aprisiona con los brazos.

Caín- ¡Basta, Abel, soy más fuerte que tú! ¿No lo has entendido?

Abel- ¡Caín, suéltame!

Caín- No, a partir de ahora estarás bajo mi control.

Abel- Acabaré contigo, en algún momento vas a descuidarte y entonces te meteré una bala en la cabeza.

Caín- No, Abel, nunca podrás matarme.

Abel- Sí, voy a aniquilarte mientras duermes.

Caín- Yo no duermo, Abel, siempre estoy despierto.

Abel- ¡Maldito! ¿Cómo puedes no dormir? ¿Cómo puedes ser tan poderoso?

Caín- Abel, me gusta vivir y mis instintos me protegen.

Abel- Caín, te odio con todas mis fuerzas...

Caín- Abel, ya te lo dije una vez y te lo voy a repetir: no me llames Caín, ése no es mi nombre. Sólo soy un animal. Simplemente soy un animal.

Abel- ¡Esto es horrible! Hice el experimento para separarnos y después eliminarte... ¿qué pasará si no puedo lograrlo?... ¿Qué futuro me espera?...

Caín- Abel, aprendamos a convivir juntos.

Abel- ¿Convivir juntos?... No, no podría; sería espantoso permanecer vivos los dos... ambos en este cuerpo... los dos atados, para siempre, como serpientes hechas nudo... No, sería el infierno... Mira mi cuerpo, me estoy pudriendo por dentro y todo se debe a tu nefasta influencia... ¿Convivir juntos?... No, nunca... Preferiría estar muerto... Mira, Caín, pasó corriendo una rata... se escondió ahí, en ese agujero... Escucha cómo muerde la madera...

Oscuro.

Escena 8.

Abel se lava los pies en el agua de la palangana. La habitación está en penumbras. La luz de una vela ilumina la estancia.

Abel- Mi cuerpo huele a carne descompuesta. Todos mis órganos se están pudriendo... Claudia

cambió su pureza por lascivia, la putrefacción se apoderó de ella... Es una puta, sólo le importa copular contigo... ¡Mi estómago!... Me arde el estómago... Caín, mis llagas siguen supurando... Mira, mi sangre ya no es roja, se convirtió en un líquido nefasto y virulento... ¿Cuál es la causa de esta enfermedad? ¿Eres tú?... ¿O existe alguna otra razón?... Mira, mira mi carne putrefacta... Parecería un castigo... ¿Es esta enfermedad un castigo? Y si así fuera... ¿quién me castiga? ¿De qué soy culpable?... Mi cerebro se derrite... sólo alcanzo a distinguir pasillos infinitos que se enredan unos con otros... ¿Quién eres en verdad, Caín?... Yo y la bestia... la pureza y yo... yo y mi mente... mi cuerpo y yo... yo y mi alma... Dios mío... ¿quién es yo?... Veo cuerpos vacíos, cadáveres vagando sin rumbo... Huyen las almas, escapan... Allí está el abismo... Ven a mí...

Oscuro.

Escena 9.

Se ilumina el escenario. Abel camina sobre un camino de libros, tratando de no tocar el piso. Es un extraño ritual producto de su locura.

Abel- Las ratas han invadido nuestra casa. Han construido túneles por todos lados. Trepan por las paredes, sin importarles mi presencia. Escucho cómo corren, juegan, se pelean... Todo apesta... hay mierda de rata por dondequiera... Mira, acabaron con mi casa, el techo se cae a pedazos... la podredumbre escurre... Caín, me perdí en los laberintos de mi mente... ya nada tiene sentido...

Caín- Abel, cálmate.

Abel- Mira, estoy podrido por dentro... mis llagas siguen reventando...

Caín- Abel, no tienes llagas en las manos.

Abel- No trates de engañarme, las estoy viendo.

Caín- No, Abel, no hay llagas, ni órganos podridos, ni dolor... ni siquiera estamos enfermos... Mírame a mí; hoy me siento mejor que nunca.

Abel- Me estás mintiendo, Caín; puedo ver la sangre que escurre por mi cuerpo, puedo oler el nauseabundo olor de mi putrefacción...

Caín- Abel, relájate y descansa.

Abel- Sí, voy a descansar; la muerte está cerca, muy cerca. Alcanzo a percibir su presencia inconfundible... ¡Mi corazón, Caín, mi corazón!

Abel se retuerce y cae al piso.

Abel- ¿Qué habrá sido de Claudia? ¿Has vuelto a verla?

Caín- Ayer la vi; ahora vive en el bosque. Abandonó el orfanatorio y decidió vivir en las montañas. Fui a buscarla y la encontré comiendo raíces, desnuda. Estaba radiante, hermosa. Se alegró al verme y lamimos nuestros cuerpos. Claudia quiere que esté con ella, me hizo prometerle que regresaría a buscada.

Abel- ¿Y lo harás?

Caín- Sí, Abel, me gusta copular con ella.

Abel- ¡Qué asco! Prefiero la muerte a ser testigo de un amor tan repugnante.

Caín- Vamos, Abel, como siempre, estás exagerando.

Abel- Caín, mi corazón ya no resiste...

Abel saca un cajón del escritorio. Lo coloca en el centro del escenario. En el cajón va guardando algunas de sus pertenencias, como si fuera un ataúd.

Abel- Un mundo destrozado... eso es lo único que tengo...

Caín- Algo es algo...

Abel- Mi anhelo de purificación fue utópico... todo se degeneró... Caín, ni siquiera pude eliminarte...

Caín- Abel, al perderme a mí, perderías el alma.

Abel- ¿Tú eres mi alma?... Sí, es posible, anoche lo sentí... Caín, si tú eres mi alma, entonces, ¿el alma habita en la región oscura del ser? ¿El alma es el animal interno? ¿El animal que

gruñe y se retuerce?...

Caín- Abel, escucha el silencio de la noche.

Abel- Caín, si tú eres mi alma... ¿qué soy yo entonces? ¿Sólo ideas? ¿Sólo soy un espejismo, una creación de mi propio intelecto?... Sí, el hombre es una invención del hombre... en realidad, no somos nada.

Caín- Abel, escucha el silencio, escúchalo.

Abel- Sí, Caín, lo escucho.

Caín- ¿Qué hay detrás de ese silencio, Abel?

Abel- Apenas puedo distinguirlo... es un aullido... sí, es el aullido de un lobo...

Caín- Un lobo, Abel... un lobo...

Abel- Sí, el alma es el animal interno... Sí, mi alma eres tú, Caín... Demasiado tarde lo descubro, cuando la muerte ronda, cuando la vida me abandona...

Caín- Vamos Abel, deja de pensar en la muerte y haz un esfuerzo por sobrevivir...

Abel- ¿Sobrevivir?... ¿Para qué?... Ya no tengo ilusiones...

Caín- Podemos comenzar una nueva vida.

Abel- ¿Comenzar una nueva vida con los órganos deshechos? No, Caín, ya no. Estoy cansado. La muerte me espera para darme el descanso que merezco.

Caín- Vamos, llamaré unas amigas y pronto olvidarás todo esto; un par de putas puede curar cualquier enfermedad. Invitaremos a Claudia; imagínate, dos contra tres... ¿no te parece fascinante?

Abel- No, Caín, no quiero ver a Claudia nunca más. Mi único deseo es abandonar este mundo miserable y no regresar nunca jamás a él. Vive tú, Caín; eres el animal, eres el alma, eres la esencia de este cuerpo... Vive y disfruta de tus perversiones... Vive y déjame morir en paz...

Caín- Abel, me das lástima... la vida es lo más grandioso que existe...

Abel- Entiéndelo, Caín, ya no quiero vivir... sólo quiero descansar... ¡Mi corazón...!Mi corazón se convulsiona!...

Abel cae de rodillas. Se levanta con dificultad y mira al frente.

Abel- Mira, Caín, la muerte está frente a mis ojos... ¿puedes verla?

Caín- No, Abel.

Abel- Es un abismo negro... infinito... un abismo en movimiento...

Caín- Abel, ¿de qué hablas?

Abel- Está aquí, Caín... es un abismo que todo lo devora, todo lo cubre con su oscuridad... mis recuerdos... mis ilusiones perdidas... mis ideas... Todo se deshace... Mira, la casa de mi infancia... una biblioteca... una pelota... mi rostro en el espejo... un sombrero... Claudia... un lago, un inmenso lago... ¡Mi corazón, Caín!

Caín- Tranquilo, Abel, tranquilo...

Abel cae al piso. Se convulsiona. Su cuerpo se arquea, se queda estático y, de pronto, se desploma.

Abel- Caín...mi corazón ya se detuvo... la muerte está conmigo...

Abel queda inmóvil por unos momentos. De pronto, el cuerpo comienza a moverse, lentamente. Caín se levanta. Gruñe. Da unos pasos. Mira a su alrededor.

Caín- ¿Abel?... ¿Abel?... Está muerto...

Caín camina por el estudio. Encuentra la fotografía de Claudia. La mira. Gruñe. Toma la botella de vino y le da un trago. Deja la botella sobre el escritorio. Camina hacia la puerta. Sale. La luz del amanecer invade la habitación. El cuadro queda estático, por un momento. Después, la luz disminuye, lentamente, hasta un oscuro final.

Martín Zapata. 1994.

Derechos reservados.